

Érase una vez... Los pintores: Paul Cézanne



Érase una vez... Los pintores: Paul Cézanne

Había una vez, en un pequeño pueblo del sur de Francia llamado Aix-en-Provence, un niño que soñaba con colores. Se llamaba Paul Cézanne, y aunque su padre, un banquero severo, quería que siguiera sus pasos en el mundo de las finanzas, el joven Paul solo pensaba en pinceles, lienzos y la luz dorada que bañaba las montañas de su tierra.

Esta es la historia de cómo ese niño, rechazado al principio por los críticos de arte, se convirtió en uno de los pintores más importantes de todos los tiempos, el "padre de la pintura moderna".

Un sueño en Provenza

Paul nació el 19 de enero de 1839, en una época en que el arte estaba dominado por las reglas estrictas de la Academia Francesa. Desde

pequeño, prefería perderse en los paisajes de Provenza antes que estudiar leyes, como quería su padre. Pero el señor Cézanne no era un hombre fácil: creía que el arte era un pasatiempo sin futuro y obligó a Paul a estudiar derecho.

Sin embargo, el corazón de Paul ya pertenecía a la pintura. Por las noches, en secreto, dibujaba y pintaba. Finalmente, con la ayuda de su madre y su hermana, convenció a su padre de dejarlo seguir su sueño. En 1861, con 22 años, se marchó a París, la ciudad de los artistas.

Pero París no lo recibió con los brazos abiertos. Sus obras, llenas de colores intensos y pinceladas gruesas, eran demasiado diferentes para el gusto de la época. La Academia de Bellas Artes lo rechazó una y otra vez. Los críticos se burlaban de él, diciendo que sus cuadros parecían pintados "con una paleta de albañil".

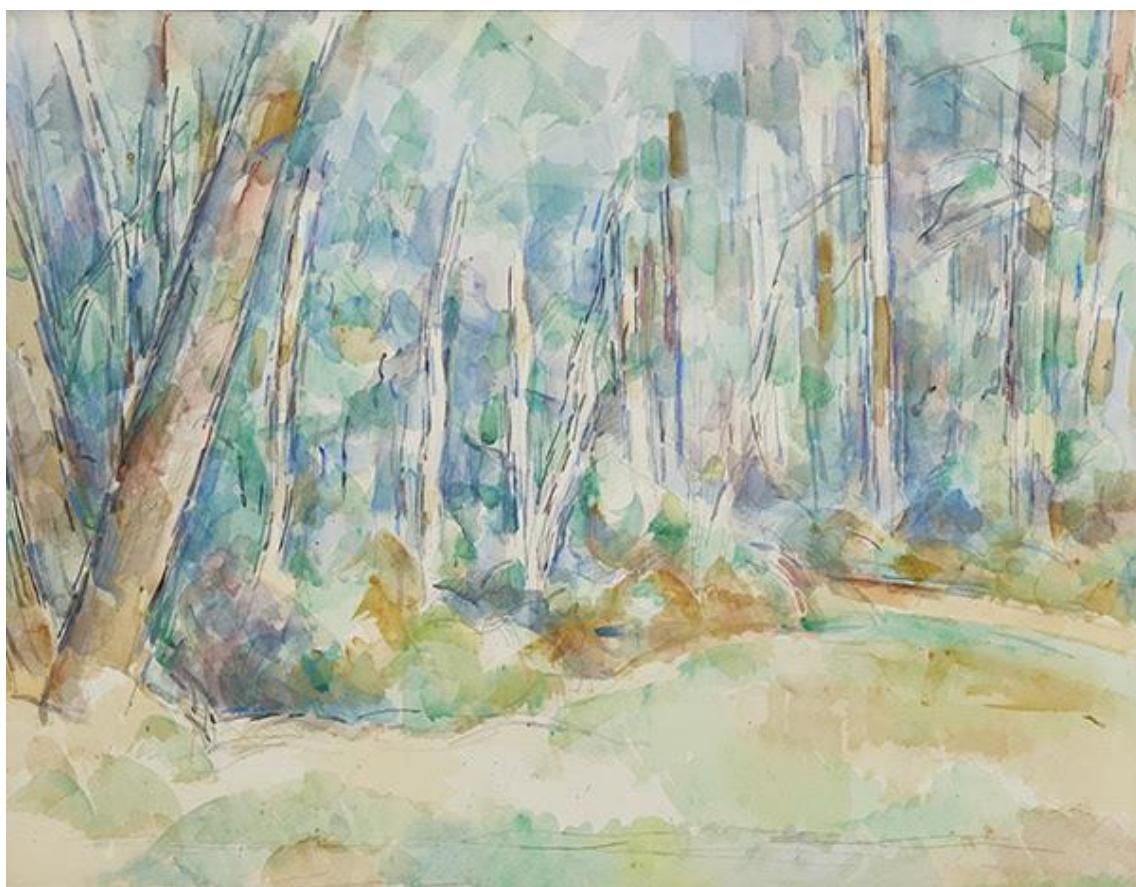


El encuentro con los impresionistas

A pesar de las dificultades, Cézanne encontró amigos que creían en él: Camille Pissarro, Claude Monet y Auguste Renoir, los rebeldes del arte que más tarde serían conocidos como los *impresionistas*. Pissarro, en particular, se convirtió en su mentor, enseñándole a capturar la luz y a trabajar al aire libre.

Durante un tiempo, Cézanne pintó como ellos, con trazos rápidos y colores vibrantes. Pero pronto se dio cuenta de que su camino era diferente. Mientras los impresionistas buscaban capturar el instante, él quería algo más sólido, algo que durara.

"Quiero hacer del impresionismo algo sólido y duradero, como el arte de los museos", decía.



El arte como un rompecabezas de formas

Cézanne comenzó a experimentar. Pintaba manzanas, jarrones, montañas y rostros, pero no como los veían los demás. Para él, todo en la naturaleza podía reducirse a formas geométricas: cilindros, esferas, conos.

Sus bodegones no eran simples frutas sobre una mesa, sino estructuras que parecían a punto de moverse. Sus paisajes, especialmente la montaña Sainte-Victoire (que pintó más de 60 veces), estaban construidos con pinceladas quebradas, como si el mundo estuviera hecho de pequeños planos de color.

Los críticos seguían sin entenderlo. Decían que sus cuadros parecían "inacabados". Pero Cézanne no buscaba la perfección superficial: quería mostrar la esencia de las cosas.

El ermitaño de Aix

Con los años, Cézanne se volvió más solitario. Regresó a Provenza, alejándose del bullicio de París. Allí, en su estudio rodeado de olivos, trabajaba obsesivamente, a veces pasando meses en un solo cuadro.

Era un hombre de costumbres extrañas: se levantaba al amanecer para pintar, llevaba siempre un sombrero de ala ancha para protegerse del sol y, cuando no estaba satisfecho con una obra, la dejaba abandonada en el campo o la rompía en pedazos.

Aunque era tímido y gruñón, aquellos que lo conocían bien decían que bajo esa fachada áspera había un hombre apasionado y lleno de dudas. "La vida es aterradora", solía decir, y tal vez por eso pintaba una y otra vez las mismas cosas: buscaba una verdad que siempre se le escapaba.

El legado del padre del arte moderno

Paul Cézanne murió en 1906, a los 67 años, después de ser sorprendido por una tormenta mientras pintaba al aire libre. En sus últimos años, por fin comenzaba a recibir el reconocimiento que merecía. Jóvenes artistas

como Pablo Picasso y Henri Matisse admiraban su trabajo, y hoy se le considera el puente entre el impresionismo y el cubismo.

Sin saberlo, Cézanne había cambiado el arte para siempre. Su manera de descomponer la realidad en formas geométricas inspiró a generaciones futuras. Picasso diría más tarde: "Cézanne era el padre de todos nosotros".

Moraleja: La belleza de ver diferente

La historia de Paul Cézanne nos enseña que el verdadero arte no siempre es comprendido en su tiempo. Que a veces, para crear algo nuevo, hay que romper las reglas, enfrentar el ridículo y seguir adelante, incluso cuando nadie más cree en ti.

Porque al final, como las pinceladas de Cézanne, cada uno de nosotros está hecho de pequeñas decisiones, de colores mezclados con valentía y persistencia. Y tal vez, como él, lo que al principio parece un error, con el tiempo se revele como una obra maestra.

Fin.



Erik el rojo